

Semejanzas y Diferencias entre el Pensamiento de Fairbairn y el de Bromberg

Carlos Rodríguez Sutil

Resumen

En este artículo se pretende indagar sobre los fundamentos del pensamiento relacional en psicoanálisis a partir de la comparación entre dos autores separados en el tiempo, Ronald Fairbairn y Philip Bromberg, de gran relevancia para el paradigma relacional y cuyas coincidencias en la teoría y la práctica de la terapia pueden considerarse más que casuales. Para ello se comienza aclarando dos conceptos que se prestan a numerosas confusiones en la literatura especializada, en parte como consecuencia de diferencias teóricas de fondo, como son escisión y disociación, así como otros relacionados: renegación, represión e introyección, junto con el de trauma evolutivo. Pasamos después a examinar la organización del psiquismo que plantean ambos autores y algunos aspectos de la terapia que proponen. Se observa que ambos autores estarían de acuerdo en que en la base del psiquismo se halla la fragmentación, ya sea por escisión o disociación y que el objetivo principal de la terapia es lograr una mejor síntesis.

Palavras-clave: Fairbairn; Bromberg; trauma evolutivo; escisión; disociación; renegación; represión; introyección.

Abstract

This article aims to investigate the foundations of relational thought in psychoanalysis from the comparison between two authors separated in time, Ronald Fairbairn and Philip Bromberg, of great relevance for the relational paradigm and whose coincidences in the theory and practice of therapy can be considered more than casual. To do this, we begin by clarifying two concepts that lend themselves to frequent confusions in the specialized literature - partly as a consequence of underlying theoretical differences - such as splitting and dissociation, as well as other related ones: disavowal, repression and introjection, along with developmental trauma. We then proceed to examine the organization of the psyche proposed by both authors and some aspects of the therapy they propose. It is observed that both authors would agree that fragmentation is at the base of the psyche, either by splitting or dissociation, and that the main objective of therapy is to achieve a better synthesis.

Key words: Fairbairn; Bromberg; evolutionary trauma; splitting; dissociation; disavowal; repression; introjection.

“Usted está siempre hablando de que Yo quiero tener satisfecho tal o cual deseo, pero lo que Yo realmente quiero es un padre”
(W. R.D. Fairbairn)

No somos conscientes de que hay algo de lo que necesitamos no ser conscientes
(P. M. Bromberg)

Introducción

William Ronald Dodds Fairbairn (1889-1964) fue hijo único de una estricta familia calvinista, radicada en Edimburgo (Escocia). John D. Sutherland (1989) describe su ambiente infantil como bastante restrictivo en el contacto físico y de todo lo relacionado con la sexualidad, bajo el influjo de una madre más preocupada por la disciplina y la vigilancia que por transmitir ternura, y que supervisaba minuciosamente todas sus actividades. Se graduó como médico en la Universidad de Edimburgo, en 1923 y trabajó con niños y adolescentes – entre 1927 y 1935 – en diversas clínicas y hospitales públicos, actividades en las que puso gran interés y que le proporcionaron experiencias importantes para el desarrollo de su pensamiento, aunque luego como analista se dedicó en exclusividad a la atención de adultos. De esa primera práctica proceden trabajos sobre la infancia y la adolescencia, los niños maltratados y los abusos sexuales, que se recogen en el segundo volumen de sus textos escogidos (Birtles y Scharff, 1994). En 1931 presenta un caso clínico – *Aspectos en el análisis de una paciente con una anomalía física genital* que se puede encontrar en su libro de 1952, *Teoría Psicoanalítica de la Personalidad* – y es nombrado miembro asociado de la *British Psycho-Analytical Society* (BPS), y miembro de pleno derecho en 1939. Este reconocimiento ya entonces era inusual pues no había realizado análisis didáctico ni su analista personal – Connell – era didacta, y hay que atribuirlo a la calidad de los trabajos realizados previamente y, quizá, a su relación personal con Ernest Jones y Edward Glover. Punto de inflexión en el despliegue de su formación se produjo en 1934, cuando escuchó a Melanie Klein presentar la comunicación *Psicogénesis de los Estados Maníaco-Depresivos*, en una reunión de la Sociedad Psicoanalítica Británica (Klein, 1934). Fairbairn adoptó la concepción kleiniana de posición, estructuración peculiar de las relaciones con el entorno que se organiza de forma temprana, en la fase oral, previa a las otras fases del desarrollo psicosexual y al Edipo. Igualmente le impresionó su descripción de las fantasías destructivas, lo que le llevó poco después (Fairbairn, 1938) a destacar la importancia de las fantasías destructivas y de restitución en el proceso de la creación artística.

Fairbairn, como Winnicott, no creó escuela y su obra tampoco ha disfrutado de gran difusión hasta finales de los años ochenta, con la publicación por parte de uno de sus escasos discípulos, John D. Sutherland, en 1989, de una valiosa biografía intelectual, *Fairbairn's Journey into the Interior (El Viaje de Fairbairn hacia el interior)*. Una de las causas de su escasa difusión puede achacarse a un notorio alejamiento de la epistemología freudiana, difícilmente digerible para la mayoría de sus colegas de entonces. Como ha señalado Stephen Mitchell (2002, p. 212), con él se inaugura

formalmente el paso de una concepción de la mente constituida por impulsos y defensas a una mente de configuraciones relacionales, compuestas por partes del *self* en relación con los objetos y de los objetos en relación con el *self*. Su teoría de las relaciones objetales anuncia una epistemología intersubjetiva, externalista. Por ejemplo, para Fairbairn la maldad percibida en el objeto (la madre) procede de que éste no ha prestado la atención debida, mientras que para Melanie Klein esa maldad es exclusivamente interna, una consecuencia del sadismo intenso, innato, provocado por la pulsión de muerte. Desde el comienzo estuvo en contra de las concepciones energetistas en psicoanálisis, y si bien no dejó de utilizar el término “libido” y un lenguaje cercano al psicoanálisis clásico, afirmó que lo que busca la libido desde el inicio no es la descarga sino al objeto, en un sentido cercano a la teoría del apego

Philip M. Bromberg (1931-2020), fue un psicólogo y psicoanalista norteamericano, radicado en Nueva York, formado en el *William Alanson White Institute*, dentro de la tradición interpersonalista de Harry Stack Sullivan. Bromberg escribió a lo largo de su carrera numerosos trabajos sobre la relación terapéutica y la organización del psiquismo, dando gran importancia a los mecanismos de disociación, consecuencia del trauma evolutivo, y a los estados cambiantes del *self*. Desde el principio mostró interés en los teóricos británicos de las relaciones objetales, sobre todo los del *grupo intermedio, o independiente*, al que pertenecen autores como: Winnicott, Balint, Bowlby y el propio Fairbairn.

Se define, retrospectivamente, como analista interpersonal/relacional (Bromberg 2004, p. 562). Bromberg (2009, p. 348) nos cuenta que el término “relacional” fue alcanzado por consenso en una reunión de un pequeño grupo de analistas comandados por Stephen Mitchell, en la que él estaba presente. Este concepto refleja adecuadamente aquello que los unía, que es la creencia en que el ser humano, su mente así como su desarrollo normal, su patología y el proceso de crecimiento en la terapia se configuran en la relación con su entorno humano. El concepto era, a su entender, lo suficientemente genérico como para permitir la adhesión de muchos a una serie concreta de ideas. Su pertenencia al movimiento relacional se manifiesta en todas sus publicaciones, pero reduce su “credo” a la siguiente afirmación: “Creo que lo que consideramos acción terapéutica del psicoanálisis es una negociación entre el *self* y el otro que tiene lugar entre el analista y el paciente y dentro del analista y del paciente, en el punto en que la disociación y la capacidad para soportar el conflicto interno se conectan” (Bromberg, 2012, p. 273). Bromberg ha tenido gran influencia en el psicoanálisis contemporáneo en Norteamérica (Howell, 2005, p. 102).

En el presente texto trato de mostrar las semejanzas entre el pensamiento de Bromberg y el de Fairbairn, a veces evidente y otras no tanto, debido a la utilización de una terminología diversa, algo que ocurre a menudo en el campo psicoanalítico. Se podría objetar a mi intento de aproximación que Bromberg se inspira más en Winnicott que en Fairbairn. Ciertamente, cita mucho más al primero que al segundo. Sin embargo, no es mi intención sopesar cuál de estos dos autores, o cualquier otro – por ejemplo, Sullivan (Howell, 2020, p. 144) -, tiene un mayor peso en el pensamiento

de Bromberg, sino señalar semejanzas de fondo con Fairbairn que nos permitan comprender a ambos autores de manera cabal. Nada más lejos de mi intención, por otra parte, que pretender argumentar que el analista neoyorkino haya tomado su teoría de Fairbairn y menos aún, plagiado al escocés. De existir ese influjo pienso más bien que sería a través de Stephen Mitchell, con quien Bromberg tuvo un trato personal y una amistad profunda (Cf. Greif y Livingston, 2013). Mitchell, quien fue uno de los grandes valedores de Fairbairn durante los años oscuros, como se deduce de algunos de sus artículos (Mitchell, 1981, 2002), y numerosas referencias en sus libros (1997, 2000). Más atrás en el tiempo habría que recuperar la figura de Sándor Ferenczi, también ignorado y semioculto durante décadas, y en cuya idea de la *confusión de lengua* (1932) ya se expresa la función de la escisión-disociación como reacción al trauma, pero no es el asunto que hoy me ocupa.

Debo hacer constar que, en mi intento por conciliar el pensamiento de ambos autores, son muchos los aspectos relevantes de las obras de ambos a los que no voy a aludir, o solo de pasada, aunque sean esenciales para una comprensión plena de sus propuestas.

Escisión, Disociación, Represión

Parte de las semejanzas y contrastes entre nuestros dos autores requieren una clarificación conceptual sobre tres “mecanismos”, de límites habitualmente difusos en la literatura analítica, clásica y contemporánea: escisión, disociación y represión. La escisión - *Spaltung*, en alemán, *splitting*, en inglés, *clivaje*, en francés - es un término que se utiliza en la práctica y la teoría del psicoanálisis clásico pero cuya definición entraña ciertas dificultades. Posiblemente una de las razones es que no se puede entender de forma aislada - o escindida - del resto de los mecanismos de defensa, sobre todo los más primitivos con los que se integra: proyección, introyección, identificación proyectiva. Tampoco puede haber denegación, renegación o repudio, o incluso represión, si no interviene la escisión, en el sentido de que una determinada realidad, interna y externa, es aislada del resto y puesta aparte. Esa realidad puede ser separada de la conciencia permanentemente (represión) (*Verdrängung*, *repression*, *refoulement*), dejando que aparezca en ocasiones como algo negado (negación o denegación, *Verneinung*, *denial*, *dénégation*). Parafraseando ejemplos del propio Freud (1925): *No seré yo quien diga que... la persona que aparece en el sueño, desde luego, no es mi madre... espero que no tome como un insulto lo que le voy a decir a continuación*. La realidad problemática, por otro lado, puede ser mantenida aparte de la conciencia durante un tiempo, y ser asumida en determinados momentos considerados excepcionales (renegación o desmentida, *Verleugnung*, *disavowal*, *déni*): *Aunque le dije exactamente eso no entiendo por qué él se lo tomó así*. Es un mecanismo que pertenece menos al discurso, frente a la denegación, y más de la acción, como se ve en otros ejemplos: *Me estoy jugando el presupuesto del mes, pero seguro que en la próxima jugada lo compenso... por un cubalibre que me tome no me va a pasar nada... una canita al aire no es una infidelidad... nuestro padre nos daba palizas tremendas, pero nos quería*. El mecanismo de la disociación, tal como lo maneja Bromberg, se asemeja a esta forma de renegación, con la participación de la escisión, o como forma de esta:

algo que está ahí pero normalmente no se ve. Y, finalmente, como fenómeno psicótico, esa realidad puede ser expulsada de la propia conciencia y depositada en el comportamiento o el pensamiento de otros (repudio o rechazo, *Verwerfung*, *repudiation*, *forclusion*¹): *Le disparé porque sabía que me quería hacer daño... todos quieren mantener relaciones ilícitas... es un homosexual y me mira con deseo, los negros son muy racistas*. Fairbairn subraya una diferencia esencial entre neurosis y psicosis (1958, p. 85, nota). Mientras que los neuróticos tienden a tratar las situaciones de la realidad externa como si pertenecieran a la realidad interna (transferencia), los psicóticos tienden a tratar las situaciones de la realidad interna como si fueran situaciones de la realidad externa. Esto último podría ser explicado por el mecanismo del rechazo (*Verwerfung*), al que Fairbairn no alude.

Un artículo de Kohut (1957) sobre la resistencia incluye algunos ejemplos brillantes de negación y racionalización cercanos a la disociación (o renegación), al menos por la escisión que pueden provocar en el destinatario, con lo que apuntamos, de inicio, la naturaleza relacional de los mecanismos de defensa. Como es la forma indirecta en que unos padres establecían las prohibiciones: “menos mal que a mi niña no le gustan las galletas que hemos comprado para la abuela”. Otro caso consistía en llevar al chico a hacer pis cada vez que tenía el pene en erección. Y otro ejemplo semejante es el de “El hombre que aparece en mi sueño debía de ser Vd., supongo que quería acostarme con mi padre”. También se asemeja a los mecanismos aportados por Pierre Janet en su explicación de la histeria. Janet (1889) consideraba que la disociación patológica era una fobia a los recuerdos de traumas antiguos, expresada en reacciones físicas inapropiadas o excesivas. La escisión, no obstante, también puede ser adaptativa como reacción a las experiencias traumáticas, al menos cuando Bromberg se refiere a ella con el término de “disociación”.

A Heinz Kohut (1971) debemos también la distinción entre *escisión vertical* y *escisión horizontal* descrita de la manera siguiente:

En correspondencia con el último mecanismo nombrado [renegación, *disavowal*] se da un cambio estructural crónico, específico, al que me gustaría referirme, modificando la terminología de Freud (1927, 1940), como *escisión vertical de la psique*. Las manifestaciones ideales y emocionales de una escisión vertical de la psique – en contraste con *escisiones horizontales* como las que producen, en un nivel más profundo, la represión y, en un nivel más alto, la negación (Freud, 1925) – se correlacionan con la existencia consciente, paralela, de actitudes psicológicas, *en profundidad* por otra parte incompatibles (pp. 166-7 de la edición castellana, con ligeras modificaciones).

En contraste con las *escisiones horizontales* - como las que producen, en un nivel más profundo, la represión y, en un nivel más alto, la negación, la renegación

1 En textos de orientación lacaniana, en español o en inglés, se puede encontrar el mismo vocablo, como “forclusión” y “foreclosure”.

(*disavowal*, *Verleugnung*) se correlaciona con la existencia consciente, paralela, de actitudes psicológicas, totalmente incompatibles, produciendo la recién aludida *escisión vertical*. La renegación es un mecanismo por el que de forma simultánea se reconoce una realidad y se la niega. Originalmente, Freud (1927) alude, en concreto, a la renegación de la diferencia anatómica entre hombres y mujeres y, consecuentemente, también de la castración, lo que permite la satisfacción erótica sin asomo de angustia neurótica. Sin abandonar de forma plena la ortodoxia freudiana, y apoyándose en los mismos trabajos tardíos de Freud, se ha sugerido también la existencia de un inconsciente escindido, donde se contiene lo “nunca representado”, que forma con el inconsciente reprimido una tercera tópica (Cf. Zukerfeld, 1999), quizá semejante al *inconsciente procedimental* y con lo disociado, que desde el pensamiento relacional se argumenta, pero que los autores de este último enfoque desarrollan fuera del marco de referencia clásico, valorándolo como una respuesta al trauma evolutivo producido por circunstancias ambientales o formas de crianza. Debemos entender en trauma evolutivo como algo que se repite en el tiempo, acumulativo, como advirtió Khan (1963), no como simple desarrollo intrapsíquico. El antecedente de esta visión sobre el trauma debe situarse en la *confusión de lengua* según la explicación de Ferenczi (1932), en la que no nos vamos a detener en este momento.

El mecanismo de la escisión, o fragmentación, recibió la atención específica de Freud al final de su carrera (Freud, 1940), habiendo surgido en la década anterior, ya con fuerza (Freud, 1927), como complemento de la renegación (*Verleugnung*) en la explicación del fetichismo y, en general, de todas las perversiones. Después la escisión se convirtió en una de las ideas centrales de la Escuela Inglesa. A partir de Melanie Klein (1934, 1957) es habitual señalar que en las primeras fases del desarrollo, y en los trastornos más graves, entran en funcionamiento los mecanismos de defensa más arcaicos o esquizo-paranoides: escisión, proyección e introyección, además de la identificación proyectiva. Pensemos, no obstante, en el papel que concede Winnicott (1963 b) al “miedo al derrumbe”, y la fragmentación de la que Lacan (1953, p. 15) se hizo eco con su concepto del “cuerpo troceado” (*corps morcelé*). Estos miedos se corresponden con la angustia que subyace a la escisión-disociación. Quizá detrás o al lado de esta fragmentación se encuentre igualmente la angustia de abandono, de la que sería consecuencia: si te pierdo me derrumbo.

La escisión – y la disociación – actúan en el momento de la percepción, *antes* de que se produzca el procesamiento psíquico de alto nivel, a diferencia de la represión, en la que el yo mantiene alejado el material conflictivo, *después* de que ya haya sido procesado y narrativizado, es decir, expresado de forma declarativa o enunciativa. Ciertamente que no es fácil hacer consciente aquello que está reprimido, pero cuando se consigue, aparece como una idea que se tuvo y se rechazó (Freud, 1894). El contenido escindido-disociado, en cambio, cuando aparece en la consciencia es con grandes dificultades, mediante imágenes, sensaciones corporales y sueños. Normalmente lo que podemos esperar no es el recuerdo sino la *reconstrucción* a partir de las vivencias actuales, escenas del presente y las sensaciones corporales

acompañantes. La represión supone que ciertas memorias específicas, que fueron una vez conocidas y formuladas, se eliminan de la conciencia, mientras que la disociación afecta a experiencias y *estados del self* - como diría Bromberg (2006, 2011) - que nunca fueron formulados, como *experiencia no formulada* (Stern, 2004). Carecemos de la capacidad de centrar la atención en este modo de procesamiento, aunque uno a veces puede empezar a aprender a hacerlo en la meditación y usando mecanismos de retroalimentación. No obstante, corremos el riesgo de caernos si concentramos la atención en los pasos que damos mientras bajamos una escalera. Son procesos sistemáticos, no caóticos. No están movidos por la realización del deseo; pueden pensarse y conocerse en el sentido de Bollas (2017) y su idea de “lo sabido no pensado”; pero pueden traducirse a palabras sólo parcialmente; en gran medida son intraducibles, inefables.

Como generalmente se acepta sin llegar a un mayor compromiso con las teorías kleinianas, el desarrollo del inconsciente dinámico, con el funcionamiento de la represión - o escisión vertical - sólo puede darse cuando se produce un desplazamiento del uso preferente de la escisión por el uso preferente de la represión (secundaria), y este momento de desplazamiento tiene lugar cuando en el niño está organizando la posición depresiva, con la capacidad para el duelo y la reparación que lleva asociada. La captación de estos logros evolutivos, por Melanie Klein (1957), la llevaron a la conclusión de que la posición depresiva y el complejo de Edipo se conectan íntimamente con la capacidad del niño para relacionarse con sus padres en tanto objetos totales.

Wilma Bucci (2001, 2003) pone la frontera entre los dos sistemas de funcionamiento mental en el momento en el que se domina lenguaje simbólico, fenómeno que nos ayuda a entender la escisión/disociación. Los sistemas múltiples que componen el psiquismo, según ella, incluyen dos formatos básicos: el simbólico y el subsimbólico. Símbolos son aquí entidades discretas que se refieren a otras entidades y tienen la capacidad de ser combinados para constituir una variedad infinita de formas. Sabemos, desde Saussure, que un símbolo es algo que representa otra cosa: un concepto. Añadiría que debemos suponer que un concepto no es simplemente una definición verbal, como las de los diccionarios, sin que es un esquema práctico y contextual, de uso: el martillo, como herramienta, se integra con la acción de martillar de tal y tal manera. Los símbolos nos son familiares como imágenes y palabras. El procesamiento subsimbólico tiene un carácter formalmente analógico, su procesamiento es dimensional y no generado mediante combinación de elementos discretos como las formas simbólicas. Tiene lugar en su propio formato sistemático y organizado, arraigado en nuestros cuerpos y sistemas sensoriales, y puede ser conscientemente experimentado y comprendido, pero no es directamente representable en palabras. Estos procesos subsimbólicos tienen lugar en la percepción y como formas sensoriales, viscerales, motoras y en todas las modalidades sensoriales. Se requieren para un amplio rango de funciones, desde esquiar a tocar música en la forma motórica; en matemáticas y física en su forma visual, etc. Y por

supuesto es dominante en el procesamiento de la información emocional y en la comunicación emocional: leer las expresiones faciales y corporales de los demás, percibir los sentimientos y emociones propias. Conocemos este procesamiento como “intuición”, “la sabiduría del cuerpo”, etc. Estamos enviando y recibiendo constantemente señales subsimbólicas, con frecuencia sin el acompañamiento de mensajes verbales y son difíciles de hacer explícitos. Una diferencia fundamental entre el funcionamiento normal y el patológico es que en el primero la comunicación subsimbólica está conectada con los componentes simbólicos, o es fácilmente conectable, mientras que, en el patológico, las representaciones subsimbólicas están muy disociadas de los modos simbólicos que podrían proveerles de sentido.

La histeria para Janet era una *maladie faiblesse*, una debilidad de las capacidades mentales para organizar e integrar, que da lugar a una disociación en la conciencia. Consideraba que la disociación es provocada por una carencia de energía psicológica, fruto de factores evolutivos. Esta debilidad, típica de las pacientes histéricas con las que trabajaba en la Salpêtrière, era en su opinión la responsable de que los individuos con disociación caracterológica no logren integrar sus funciones mentales en una unidad organizada bajo el control del yo. Fairbairn (1954) contrapone a Janet con Freud:

La disociación descrita por Janet es, desde luego, esencialmente un proceso pasivo, un proceso de desintegración debido a un fracaso en la función cohesiva, normalmente desempeñada por el yo. En consecuencia, el concepto de ‘disociación’ está en marcado contraste con el concepto de ‘represión’ formulado poco después por Freud en un intento por proporcionar una explicación más adecuada de los fenómenos histéricos (1954, p.13).

Fairbairn (1944,1954), por tanto, da a la represión un significado próximo al de la disociación. Propone que la represión – sin diferenciarla claramente de la escisión – se realiza de manera activa por parte del psiquismo, frente a la debilidad pasiva que sugería Janet. Añade que, aunque Freud observó que los síntomas histéricos eran producidos por una defensa procedente de la debilidad del yo, esa debilidad no es inherente a la represión en cuanto tal (1954, p. 13). Sin embargo, revisando los trabajos de Janet se puede observar que la dimensión actividad-pasividad no es tan claramente aplicable y, en un segundo momento, el argumento freudiano de que la debilidad del yo no implique aquí pasividad parece poco sólido. Por otra parte, tal vez Fairbairn se vio influido por la necesidad de usar un punto de vista propio de la ortodoxia freudiana, ante un enemigo declarado del psicoanálisis como era Janet, o como se le había hecho parecer.

A pesar de las semejanzas semánticas – es decir, de uso - entre “escisión” y “disociación”, existen razones teóricas y prácticas para preferir el empleo de uno u otro término. Ya sabemos que no hay sinónimos perfectos pues el ámbito teórico en el que se utiliza una u otra palabra la dota de connotaciones específicas. Como afirma recientemente la gran especialista en trauma y disociación, Elizabeth Howell (2020):

La premisa clave de la teoría de Janet sobre el trauma y la disociación es la base de la teoría actual sobre el trauma: cuando las personas se ven abrumadas por lo que él denomina emociones vehementes, a menudo terroríficas, no son capaces de asimilar o conectar la experiencia con el resto de su historia personal. (p. 7)

Esa reacción tiene que ver con un trauma vivido, producido en el contexto vital del niño o niña, por un abusador o maltratador o, a veces de forma paradójica, por un cuidador atento y cariñoso pero que toma una medida errónea de “protección”; en cualquier caso, alguien que ocupa un rol de superioridad y dominio. La disociación consiste en mantener separadas cosas que normalmente están conectadas (Howell, 2020, p. 26, p. 78 y ss.). Conviene diferenciar, advierte Howell (id.), entre la disociación como proceso y como estructura. Ejemplos de lo primero son la hipnosis, el quedarse absorto en un libro o una película, entrar en un trance, o quedarse bloqueado por una emoción abrumadora. Como estructura se relaciona con el modo en que la emoción, el pensamiento o la memoria de una experiencia quedan valladas e inaccesibles al resto del *self*, y se convierten, de modo inexplicable, en fuerzas ocultas a la conciencia que gobiernan el pensamiento y la conducta.

Mesorprendió que Bromberg (2011, p. 49) se esforzara en asegurar que la disociación no es otro nombre para lo que Freud llama “represión”, algo que parece indudable de por sí, y que tampoco señalara la semejanza, quizá más evidente, entre disociación y escisión. Si aceptamos el parentesco de ambos términos percibiremos también las similitudes entre algunos esquemas teóricos de Bromberg y de Fairbairn. La teoría de Bromberg, como todas las descripciones clínicas que priorizan el trauma (Ferenczi, Fairbairn, Balint, Winnicott), es interpersonal desde el principio, frente a la naturaleza intrapsíquica de los mecanismos de defensa en la teoría clásica. Hablar de la disociación supone, en gran medida, la recuperación de las aportaciones de Pierre Janet, a quien Freud atacó de manera extrema y posiblemente injustificada, en el mismo momento en que se separó de Breuer y abandonó la teoría traumática (Bromberg, 1998, p. 226). Para Janet (1889) la disociación patológica, como hemos visto, era una fobia a los recuerdos de traumas antiguos. Se trata de una disociación de procesos motrices, sensoriales y cognitivos. No parece difícil suponer que la introyección del objeto malo, o frustrante, a la que se refiere Fairbairn (1943, 1944), y de la que nos ocuparemos en breve, implica el mismo fenómeno de la disociación, de Janet, Bromberg y muchos otros, que además comparte la perspectiva ambientalista de las teorías sobre el trauma, aunque Fairbairn hablara de introyección y represión. Esos objetos parciales, junto con los fragmentos del yo, constituyen la estructura endopsíquica, esa nueva tópica que propuso Fairbairn en términos de las relaciones objetales. Se “reprimen” los objetos frustrantes, pero con ellos van también fragmentos del yo, lo que supone un coste, unos modos de relación problemáticos que desaparecen del control consciente.

Bromberg (2011) en su último libro usaba la metáfora del “tsunami” para representar la esencia del trauma, la desestabilización de la identidad cuando es inundada por

un afecto caótico superior a lo que la mente es capaz de procesar cognitivamente. La disociación es una forma de escape cuando no hay escapatoria, es la solución ante el terror por la disolución de la propia identidad (Bromberg, 1998, 2004). El conflicto intrapsíquico sólo es vivenciado si es soportable, porque en caso contrario no es posible el pensamiento (2013). La “sombra” del tsunami es lo que persigue a la persona a partir de ese momento y la despoja de su presente y su futuro, sobre todo cuando el trauma acaece al comienzo del desarrollo. La disociación ayuda a sobrellevar el trauma, pero el coste es elevado.

La Disociación del Yo y la Organización del Psiquismo

Aparte de Freud, Melanie Klein y algunos de sus seguidores, y de Fairbairn, a su manera, muchos autores psicoanalíticos no se inclinan por la existencia de un yo definido y unitario desde los orígenes del psiquismo. Fairbairn, a pesar de mantener la idea de un yo originario, defendía que cierto grado de escisión está presente en todo individuo, en el fondo de su psiquismo: “la posición básica de la psique es invariablemente una posición esquizoide”(1940, p. 23). Sorprendentemente también Freud planteó que la escisión está en todo proceso defensivo del yo, incluso en la represión que no podría efectuarse sin ella.

La división de subpersonalidades en el aparato psíquico ya fue sugerida por el propio Fairbairn en su primer artículo clínico importante (1927). Después, en un artículo publicado en 1941 - “Una psicopatología revisada de las psicosis y psiconeurosis” - Fairbairn defiende que el yo se construye gradualmente en el curso del desarrollo a partir de una serie de núcleos del yo primitivos, y estos núcleos del yo son en sí mismos el producto de un proceso de integración o cristalización (p. 250). Son los núcleos oral, anal y genital, pero también masculino y femenino, activo y pasivo, cariñoso y odioso, de dar y de recibir, perseguidores internos y jueces. Los individuos esquizoides son aquellos en quienes este proceso de integración nunca se ha realizado satisfactoriamente y en quienes también se ha producido una desintegración regresiva del yo. Tres años después, sin embargo, Fairbairn afirmó la existencia de un yo unitario desde el nacimiento, eventualmente fragmentado en egos secundarios ligados a los objetos reprimidos (1944). Este nuevo punto de vista era bastante inconsistente con su descripción anterior de los núcleos del yo. Tal vez esa sea la razón por la que cambió la redacción del artículo de 1941, recién mencionado, en el libro que publica en 1952, donde la primera nota al pie, en la página 59 dice: “... y ahora republicado con enmiendas menores”. En esta nueva versión, Fairbairn consideraba la escisión del yo como una serie organizada de “fragmentos del yo”, a los que llamaba “introvertidos”, en el sentido de Jung, que se corresponden con una personalidad preneurótica, preambivalente, y premoral.

No se ha señalado con frecuencia, pero el mecanismo que mejor encaja con la formación de instancias no sería la represión, en sentido estricto, sino la *represión primaria* (Freud, 1915). Así, el “regreso de los objetos malos” no se produce salvando la represión en sentido estricto, sino algo más temprano, llámese “represión primaria” o “escisión y renegación” (Cf. Rinsley, 1987). La situación “endopsíquica” resultante se

establece de forma inevitable en el niño, en sus lineamientos generales, a una edad temprana, y en este sentido debe de ser considerada 'normal'. Pero, especialmente en su aspecto dinámico, contiene en su interior la potencialidad para todos los desarrollos patológicos – y probablemente también los no patológicos – en la vida posterior.

A favor de un estado inicial indiferenciado, fragmentado o disociado parecen agruparse, en cambio, autores tan dispares como Winnicott, Kohut, Jacobson, Kernberg, el mismo Bromberg, como veremos, y posiblemente los psicoanalistas relacionales en general, entre ellos Michael Eigen (2014) cuando afirma: “Yo podría decir que el yo comienza con la disociación, si uno pudiera hablar acerca del yo en ese momento. Uno puede decir que el yo tiene mucha más fluidez antes de que se organice una defensa paranoide firme” (2014, p. 39). Argumento justificado pues, para que haya un temor al daño exterior o a la fragmentación esquizoide, debe existir ya una noción de unidad, por muy frágil que sea, aunque, paradójicamente, aparezca cubierta con la seguridad férrea de la paranoia.

Con su modelo de “estructura intrapsíquica” Fairbairn proporciona una alternativa, en términos de las relaciones personales y de una estructura dinámica del yo, a la descripción freudiana del psiquismo con las instancias de ello, yo y superyó y se busca la superación de un tipo de psicología no personal, concebida en términos de instintos biológicos y zonas erógenas, expresada en un lenguaje energético deudor de Helmholtz y de su divorcio entre energía y estructura. Si adoptamos, en cambio, el punto de vista de Fairbairn de que el yo y el ello son por definición estructuras dinámicas, el Ello obligatoriamente asume la forma de una estructura yoica comparable con el yo mismo (Fairbairn, 1956, pp. 136-7). Además, la caracterización del ello como la fuente de los impulsos instintivos parece no adecuarse tampoco a la dotación innata de los animales, fuertemente orientada hacia la realidad externa (id. p. 133). El concepto de un ello sin estructura, reservorio de energía, es reemplazado por la noción de un conjunto de estructuras inconscientes yo-objeto, cada una de ellas capaz de actividad psicológica en diferentes grados de primitivismo.

La posición que acabamos de enunciar es la que Fairbairn describe en 1954, en su artículo *Observaciones sobre la naturaleza de los estados histéricos*, donde se lee: “la personalidad originaria del niño consiste en un yo dinámico unitario”. Mas esta afirmación no se concilia con facilidad con otras del mismo autor, por ejemplo, con la existencia de una estructura esquizoide básica. La represión de la que habla Fairbairn – o, como como he propuesto, la disociación –, en consecuencia, no es una defensa contra las pulsiones sino contra el resurgimiento de los objetos malos en la conciencia, y de los egos con ellos identificados, es decir, del recuerdo de la situación traumática disociada. Por tanto, el infante recurre a la internalización de los objetos rechazantes o frustrantes (y también los excitantes) para protegerse contra el trauma del abandono o de la pérdida. Amolda su relación con los cuidadores para evitar la frustración extrema y eliminar la percepción del maltrato.

Fairbairn rara vez utiliza el término “self” sino “yo” (el “ego” de la traducción de Strachey en la *Standard Edition*), subrayando así su naturaleza de instancia o instancias (de los diferentes yoes). Sin embargo, es corriente que los comentaristas se refieran al “self” cuando transcriben su pensamiento (Cf. Rodríguez Sutil. 2013 b).

La estructura endopsíquica se constituye, por tanto, mediante la internalización de objetos. Ahora bien, ¿qué es lo que se internaliza? Kernberg (1980) ofrece una propuesta interesante: es un elemento del self, un elemento del objeto y la relación afectiva y propositiva que se da entre ellos. De forma casi idéntica, Enrique Pichon-Rivière (1979) en los años cuarenta del pasado siglo definía el *vínculo*, origen de la diferenciación psicológica, como la introyección en el infante de sus tres elementos: el self, el objeto y la relación que se produce entre ellos. Fairbairn (1952, p. 117) dice que un objeto es una estructura endopsíquica con la cual una estructura del yo tiene una relación comparable con la que tiene la persona con la realidad externa, algo que no puede ser aplicado en absoluto a una imagen, a una idea o a una fantasía. ¿Y por qué se internaliza el objeto malo (más adelante se matiza como “insatisfactorio” o “pre-ambivalente”)? Porque es necesitado (Fairbairn, 1943, 1944).

Puesto que lo que se internaliza no es una imagen o representación, sino un esquema de acción (self, objeto y relación), el concepto de “objeto malo” que emplea Fairbairn puede ser aproximado al “trauma evolutivo o relacional” que según Bromberg (2012) conforma los patrones de apego tempranos, incluyendo el apego seguro, estableciendo lo que Bowlby llamaba ‘modelos de trabajo interno’, que forman el núcleo central procedimental del self y su vulnerabilidad relativa. El trauma evolutivo provoca una estructura mental disociada, rígida, causa potencial de una crisis de identidad y la despersonalización.

Bromberg (1998, 2004, 2011) defiende que la psique no comienza como un todo integrado que eventualmente se fragmenta debido a un proceso patológico; no hay tal unidad de origen. Más bien es una estructura de múltiples configuraciones self/otro y yo/no-yo que en su proceso de maduración desarrolla una coherencia y continuidad, base de un sentimiento cohesivo de identidad personal, un sentimiento abarcador de “ser uno mismo”.

Cuando la emoción es intensa, llegando a lo traumático, tanto en el infante como en el adulto, el funcionamiento cognitivo se ve entorpecido o anulado. La naturaleza del trauma elude nuestro conocimiento. Puede tomar la forma de la memoria episódica, a menudo inaccesible a la persona excepto en lo afectivo, pero también puede consistir en sensaciones somáticas o en imágenes visuales que vuelven como síntomas físicos o como *flashbacks* sin significado narrativo (Bromberg, 2011, p. 22). Esto significa que las impresiones sensoriales de la experiencia se conservan en la memoria afectiva y permanecen como imágenes aisladas y sensaciones corporales que se sienten como cortadas del resto del self. El proceso disociativo – dice Bromberg – que mantiene el afecto inconsciente tiene una vida propia, una vida relacional que es interpersonal tanto como intrapsíquica, una vida que se desarrolla entre el paciente y el analista en el fenómeno disociativo diádico que denominamos *enactment*.

Bromberg (2011) se refiere al “tsunami” como la esencia del trauma, una desestabilización producida por un afecto caótico no procesable, que obliga a la disociación como forma de escape. Porque el conflicto sólo es vivenciado si es soportable, (Bromberg, 2013). La “sombra” del tsunami es lo que persigue a la persona a partir de ese momento y la despoja de su presente y su futuro, sobre todo cuando el trauma acaece al comienzo del desarrollo, siempre en situaciones interpersonales. El *trauma evolutivo* o relacional conforma los patrones de apego tempranos, incluyendo el apego seguro, estableciendo, como decimos, los ‘modelos de trabajo interno’, según Bowlby, que forman el núcleo central procedimental del self y su vulnerabilidad relativa (Cf. Bromberg, 2012). El trauma grave provoca una estructura mental disociada, rígida, causa potencial de una crisis de identidad y de la despersonalización. En esas situaciones la persona no sólo ve las cosas de forma disociada, sino que se comporta de forma disociada, dependiendo de la parte del self que esté en acción (Id., p. 275). No somos conscientes de que hay algo de lo que necesitamos no ser conscientes (Id., p. 31).

Un ejemplo de tsunami provocado por el trauma evolutivo podría explicar la “defensa moral”, tal como es expuesta por Fairbairn (1943). Sugiere que el niño delincuente al hacerse malo torna “buenos” a sus objetos, los padres, pues “... es preferible ser condicionalmente bueno que condicionalmente malo, pero, cuando falta la bondad condicional, es preferible ser condicionalmente, que incondicionalmente malo” (p. 75). Es mejor, además, ser pecador en un mundo gobernado por Dios, que vivir en un mundo regido por el Diablo. Esa creencia permite mantener un sentimiento de seguridad y una esperanza de redención, mientras que en un mundo regido por el Diablo, la única posibilidad es la muerte y la destrucción.

La defensa moral implica la atracción por el objeto severo en las capas profundas del psiquismo, para mejorar el estado interno. De esa manera se transforma el objeto interno incondicionalmente malo en un objeto interno condicionalmente malo, más manejable, que el sujeto busca en la realidad exterior. El niño mantiene su adherencia a los objetos internos y espera que, en el futuro, el objeto rechazante externo experimente el mismo cambio y se convierta en un objeto amoroso. Sería, pues, otra forma de decir que la realidad negativa del objeto malo (frustrador, maltratador) es disociada para permitir que el niño siga adelante. El masoquista, por su parte, se rinde ante el objeto condicionalmente malo con la esperanza de cambiarlo en un objeto bueno (Fairbairn, 1943).

Los niños maltratados, sorprendentemente, mantenían la lealtad a los mismos padres que abusaban de ellos, algo contrario en esencia a la concepción clásica sobre la pulsión (descarga), según la cual se esperaría que los objetos libidinales fueran más fácilmente sustituibles (Fairbairn, 1935, 1936, y 1937). Abandonar los vínculos ya establecidos se vive como un riesgo de aislamiento total, algo de por sí rechazable por el sujeto sin que se requiera postular ninguna compulsión a la repetición. Este tipo de adherencia, dirá Mitchell (2002), es la fuente más profunda de la resistencia al cambio en el análisis. De acuerdo con la adherencia a los malos objetos, según Fairbairn: “Me ofrezco a

experiencias dolorosas que mantienen vivos mis objetos malos, debido a que son los únicos objetos que conozco, y la carencia de objetos es intolerable”, “Yo soy malo con lo que evito creer que tú eres malo o loco”.

El grado en que este tipo de defensas, y otras similares, estén presentes en todo individuo y se expresen en las relaciones interpersonales, aunque sean un indicador de patología, de fondo, pueden ser el modo habitual “normal” de adaptación al entorno humano. Así, según Bromberg, la disociación normal es un mecanismo mental-cerebral propio del funcionamiento cotidiano que intenta seleccionar la configuración de estados del *self* más adaptativa, dentro de las condiciones de la propia coherencia (Bromberg, 2009, p. 354). Cada estado del *self* parece una unidad en sí misma, pero con el sentimiento paralelo de la experiencia de un “yo” persistente. Bromberg entiende por *estados del self ‘no-yo’* (*‘not-me’ self-states*) esas constelaciones de la realidad afectiva que son disociadas y que entran en relación con la ‘alteridad’ mediante relaciones no planificadas, en el aquí y ahora, permitiendo un mejor y más seguro manejo del conflicto interno (2009, p. 356).

Esos estados del *self* pueden tener su equivalente en las subpersonalidades introyectadas de la estructura endopsíquica según la versión de Fairbairn (1943, 1944). Fairbairn, por su parte, defendía que cierto grado de disociación está presente en todo individuo, en el fondo de su psiquismo: “la posición básica de la psique es invariablemente una posición esquizoide” (1940, p. 23). La división de subpersonalidades en el aparato psíquico ya fue sugerida por el propio Fairbairn (1927) al comienzo de su carrera. La paciente personificaba aspectos de su psiquismo, primero en los sueños, con la presencia destacada de dos figuras “el niño travieso” y “el crítico”, el primero era un preadolescente irresponsable, que molestaba a la paciente, el crítico, en cambio, era una figura femenina, puritana y agresiva, o un jefe autoritario, o una figura paterna cuya aprobación buscaba. Estas figuras aparecen en la estructura endopsíquica que expondrá trece años después, en concreto en la forma del yo Libidinal y del Yo Antilibidinal (o Saboteador Interno). La primera persona que aparecía en los sueños solía representar, por lo general, en su opinión, un observador independiente que se inclina por un lado o el otro en cada caso (Yo Central). Otras dos figuras que aparecían eran “la niñita”, una criatura encantadora de unos cinco años, llena de vivacidad e inocencia (Objeto Libidinal o Necesitado), y “la mártir”, (Objeto Antilibidinal o Rechazante). No voy a exponer con mayor detalle esa organización mental que Fairbairn propone, algo que ya realicé en otro lugar (Cf. Rodríguez Sutil. 2013b), pues no añade nada esencial en la comparación de la obra de los dos autores, ya que se trata de una estructura con un peso, a mi entender, excesivamente intrapsíquico y alejada de la experiencia interpersonal que predomina en el psicoanálisis relacional tal como lo entendemos hoy en día. Bromberg (1998, 2006, 2011) se “limita” a explicar las consecuencias del tsunami con la descripción de *estados del self disociados* y con las estructuras “no-yo”.

Para Fairbairn el psiquismo (las estructuras endopsíquicas) se forma debido a procesos patológicos, aunque inevitables, de tipo esquizoide. Fairbairn concede gran trascendencia al entorno materno en la aparición o no del trauma. Los trastornos

del desarrollo se producen cuando la madre no hace sentir al niño que lo ama por sí mismo, en tanto persona. Estas madres pueden ser tanto posesivas como indiferentes (Fairbairn, 1940, p. 28). De una manera semejante a las madres erráticas de las que hablará Winnicott (1956). Ahora bien, si toda internalización fuera patológica – para controlar los objetos malos – no se podría dar un crecimiento de la personalidad; no habría memoria, ni aprendizaje ni organización consciente de la experiencia, si bien el aprendizaje se produce principalmente a través de la frustración, más o menos intensa, o, en lenguaje piagetiano, por procesos de desequilibrio y reequilibración.

Bromberg también sugiere que el desarrollo nunca se da sin alteraciones, sin desequilibrios pasajeros, por lo que es inevitable que se produzca siempre cierto trauma evolutivo, por leve que sea, sin representación cognitiva porque el trauma evolutivo se relaciona con el apego y está organizado de forma procedimental más que simbólica (Bromberg, 2012, p. 276). La salud mental consistirá en la capacidad de estar en los espacios entre realidades (*standing in the spaces*) sin perder ninguna de ellas; la capacidad de sentirse uno siendo varios (Bromberg, 1998). Si todo va bien evolutivamente, una persona será consciente solo de un modo vago o fugaz de la existencia de estados del *self* individualizados y de sus respectivas realidades porque cada uno funciona como parte de una saludable ilusión de identidad personal cohesionada, un estado cognitivo y experiencial global que es sentido como “yo mismo”. Cada estado del *self* es una pieza de un todo funcional, dinamizado por un proceso de negociación interna con las realidades, valores afectos y perspectivas de los otros. Pese a los conflictos o incluso antagonismos entre distintos aspectos del *self*, no es normal que un estado del *self* funcione totalmente al margen del sentido de “mismidad”, es decir, sin la participación de otras partes del *self*. La disociación es un proceso fundamental que permite funcionar a los estados individuales del *self* de un modo óptimo (no solo defensivamente) cuando lo que se necesita o se desea es precisamente una inmersión total en una realidad única, un afecto potente único y la suspensión de la capacidad autorreflexiva.

Los estados disociados del *self*, de los que habitualmente trata Bromberg, son, por tanto, experiencias potenciales. El conflicto, bien entendido, no se produce entre la pulsión y la defensa o entre las instancias del aparato psíquico, sino que se desarrolla de forma simultánea dentro de nosotros y entre nosotros. Los aspectos disociados quedan al margen de la estrecha banda de la experiencia subjetiva del paciente, pero aparecen en forma de *enactment*. Bromberg, en ningún caso, hace equivalentes esos estados del *self*, con subpersonalidades, al modo de Fairbairn, pero la posibilidad es tentadora. No obstante, bien mirada, la tónica que propone el psicoanalista escocés sugiere una perspectiva en exceso intrapsíquica, o internalista, de mente aislada, para lo que son las preferencias actuales del psicoanálisis relacional.

Sobre la Terapia

Explicado con brevedad, en la versión tradicional de la situación analítica el analista

interpreta los conflictos y resistencias inconscientes del paciente, esto facilita el insight, lo que permite superar la represión de los motivos inconscientes, causantes del trastorno. Si acaso no se produce el cambio es porque no se han suministrado las interpretaciones correctas, o no se ha hecho en el momento adecuado, aumentando las resistencias, o bien el paciente ha opuesto unas resistencias insuperables. En cualquier caso, el rol del analista se presenta bajo la apariencia de una tarea intelectual, neutra y un tanto detectivesca, ocupando el lugar del saber, ante el paciente que no sabe. El terapeuta (su mente) realiza determinadas operaciones sobre la mente del paciente, tal como se muestra sobre todo en la transferencia, como mentes aisladas. Según la versión relacional, el analista y el analizado se esfuerzan en una colaboración mutua, o alianza terapéutica, cuyo objetivo es lograr una narración que explore las razones que llevan al analizado a su toma de decisiones, sus motivos; elecciones que se realizan en el contexto de significados conscientes e inconscientes, que se manifiestan también en la relación mutua que se establece entre ambos, donde el terapeuta aporta también su subjetividad. En el psicoanálisis relacional se aconseja más hacer preguntas, como una búsqueda compartida, más que plantear interpretaciones (Howell, 2020, p. 63). Winnicott (1968) advierte que si interpreta es para que el paciente tenga noticia de los límites de hasta dónde alcanza su propia comprensión. Cuando la interpretación va más allá de lo que es comprensible por el paciente y de lo que éste alcanzaría solo, entonces se transforma en algo invasivo, en adoctrinamiento, y fomenta el aislamiento y la resistencia, aunque superficialmente pueda producir admiración. En cambio, si el analista se muestra limitado en su capacidad de comprensión facilitará que el paciente reconozca sus propios límites.

La interpretación se sigue utilizando, pero no hay que considerar que nuestra interpretación indique una visión de la realidad más acertada que la del paciente, a la que se deba someter de forma sumisa sino, más bien, como algo que procede de la experiencia que el terapeuta tiene del paciente, a la que el paciente dará su aportación para así seguir elaborando sus realidades respectivas, dando más grano para el molino (*all is grist for the mill*) (Bromberg, 2004, p. 571; 2009, p. 356).

Fairbairn es uno de los primeros analistas que se permitió cuestionar la técnica psicoanalítica habitual: “¿Si el paciente no realiza ningún progreso satisfactorio en el análisis, en qué medida esto es debido a algunos defectos en el método psicoanalítico?” (1958, p. 82). La interpretación no es suficiente, en su opinión, sino que el factor decisivo es la relación del paciente con el terapeuta. El factor curativo fundamental para Fairbairn es la relación terapeuta-paciente. En lo que concierne al tratamiento psicoanalítico a largo plazo, lo que media en el proceso de la ‘curación’ o la ‘salvación’, de manera más específica, es la relación del paciente con el analista, a través de una fase en la que las relaciones patógenas tempranas son repetidas bajo la influencia de la transferencia, hacia un nuevo tipo de relación que es por fin satisfactoria y está adaptada a las circunstancias de la vida externa. (1955, p. 128; 1958, p. 79). Esa relación permite no sólo “corregir las relaciones alteradas que prevalecen en la realidad interna...” sino que también “proporciona al paciente una oportunidad, negada en la infancia, para emprender un proceso de desarrollo emocional en el marco de una relación real con

una figura parental fiable y benéfica”. La relación terapéutica se constituye así en una segunda oportunidad para el desarrollo emocional, dentro del proceso analítico, como diría Winnicott (1963 a), que se ofrece como una relación desconfirmatoria de lo patógeno (Cf. Ávila, 2005) y es seguro que Bromberg se mostraría de acuerdo.

Bromberg (2004, p. 571; 2009, p. 356) opina que no hay que considerar que una interpretación proceda de una visión de la realidad más acertada que la del paciente y a la que este se deba someter de forma masoquista sino, más bien, como algo que procede de la experiencia que el terapeuta tiene del paciente, a la que el paciente dará su aportación con la que seguir elaborando, dando más grano para el molino. Ya no se pretende curar al paciente de algo que le hicieron en el pasado sino que se intenta liberarle de su propia autocuración, de aquello que se sigue haciendo a sí mismo y a los otros para enfrentarse a aquello que le hicieron en el pasado. Para Fonagy y Target (1995, p. 498), así como para Bromberg (2006, p. 72), la interpretación puede seguir siendo útil, pero ya no tanto como una forma de levantar la represión y las visiones distorsionadas que se le asocian, sino como la recuperación de estados mentales disociados.

Fairbairn opina que la mayor fuente de resistencia procede del mantenimiento del mundo interno como un sistema cerrado (1958, 84 y ss.). Por tanto, el objetivo del tratamiento psicoanalítico puede entenderse como un intento por abrir brechas en ese sistema cerrado, haciéndolo accesible a las influencias de la realidad exterior. Si el sistema está cerrado, la relación con un objeto externo sólo puede tomar la forma de la transferencia: el objeto externo es tratado como un objeto interno. Por todo ello, la interpretación de la transferencia en la situación analítica no basta si se quiere producir un cambio, es necesario que la relación con el terapeuta se desarrolle hasta convertirse en una relación real entre dos personas. Estos razonamientos evocan la imagen del *ponte relacional (relational bridge)* que sugiere Bromberg (1998), para reducir la disociación de las partes gracias a la relación con el otro, en concreto con el analista. El objetivo del tratamiento psicoanalítico, decía Fairbairn (1958), es reducir la escisión del yo. Lo que se pretende, por tanto, no es el análisis, sino lograr la *máxima síntesis* entre las diferentes partes del psiquismo, en el marco terapéutico de la relación con el analista. De forma simultánea, otros objetivos son la reducción de la dependencia infantil, y del odio hacia el objeto libidinal, motivo y causa de la escisión primaria del yo.

Fairbairn (1957 b, 67-68) criticaba que muchos analistas, dentro y fuera del círculo kleiniano, interpretan predominantemente la transferencia, a costa de abandonar la perspectiva histórica y genética. La interpretación de la transferencia en términos de la realidad interna toma la forma de interpretar las fantasías más que las situaciones reales experimentadas en el pasado, postura característica de la escuela kleiniana. Por momentos Fairbairn se aproxima así a la comprensión actual de la transferencia, como un fenómeno que se diluye y es subsumido por la dialéctica relacional terapeuta-paciente. Recordemos que la lealtad al objeto interno malo está alimentada por la

convicción inconsciente de que es mejor un objeto malo que carecer por completo de él, ya que la salud mental y, sobre todo, la supervivencia, dependen de la relación con los objetos. El sentimiento de haber perdido todo vínculo con objetos externos e internos es vivido bajo la forma de terror a la aniquilación.

Con un planteamiento que cuestiona los fundamentos de la técnica neutra, Fairbairn propone que la resistencia sólo logra superarse cuando, en la relación de transferencia, el analista llega a ser un objeto tan bueno que el sujeto se siente dispuesto a liberar los objetos malos reprimidos inconscientes (Fairbairn, 1943, pp. 76-78). La culpa actúa al modo de una resistencia, es una defensa adicional a la represión. La misión del analista es desalojar los demonios, no perdonar los pecados. Todo aquel que sinceramente acude en busca de una terapia debe haber sufrido deprivaciones importantes en su infancia, y busca obtener las relaciones objetales de las que careció (1957 a, pp. 150-151). Una idea de nuevo que concuerda con la terapia como *segunda oportunidad* al modo de Winnicott. En cambio, el planteamiento psicoanalítico clásico implica someterse muchas veces a una nueva e importante deprivación, reproducción de la anterior con el riesgo, por tanto, de que se genere una retraumatización. Fairbairn tampoco está de acuerdo con la analogía científica: el análisis como si fuera una investigación formal, dado que el paciente promedio no está interesado, en principio, en emprender una exploración científica sobre su propia personalidad. Esto es algo evidente en el paciente infantil, pero incluso en el adulto. Cuando tal deseo se expresa, como ocurre a veces con sujetos de personalidad obsesiva o esquizoide, se trata de un modo de defensa intelectualizada contra la implicación emocional, defensa que opera como una resistencia formidable.

Stephen Mitchell (1997), uno de los autores contemporáneos más interesados en la obra de Fairbairn, introdujo el término “*bootstraps*” -y “*bootstrapping*”- que literalmente se refiere a las cinchas o tirillas de las botas de las que tiramos para colocárnoslas. Con eso se refiere a situaciones en las que supuestamente se pretende resolver el conflicto con una acción que se agota en sí misma, carente de un punto de apoyo externo, y que no puede dar resultado positivo alguno, que traducimos como *autorrecurso*. El ejemplo ideal de *autorrecurso* que se suele citar es el del barón de Münchhausen, personaje legendario alemán que, según se cuenta, una vez cayó en un pantano con su caballo, y cuando se estaba hundiendo logró sacarse a sí mismo y a su montura tirando con ambas manos de su propia coleta. Las interpretaciones supuestamente sacan al paciente de su patología. Pero, como denuncia Mitchell, muy a menudo las interpretaciones están comprometidas con la misma patología que se pretende curar. Debe haber algo más en lo que el analista pueda apoyar su peso mientras tira de sus cinchas interpretativas, un punto de apoyo perdido por alguna parte. Dice Mitchell (1997, p. 102) que Fairbairn (1952) anticipó en casi 50 años nuestra pelea con el problema del *autorrecurso*, al afirmar que la renuncia al vínculo con el objeto malo es la esencia de un psicoanálisis transformador. Para renunciar al objeto malo el paciente ha de creer, gracias a la relación con el analista, en que se puede alcanzar una relación con un objeto bueno. Mitchell muestra su pesar porque, al parecer, Fairbairn no aclaró en qué consiste una relación de objeto bueno y cómo se obtiene a través de la transferencia.

El paciente recibe la interpretación desde su propia patología, y si es formulada de manera distante, supuestamente neutra, podrá convertirse en una nueva decepción que se acumula a los desengaños vividos desde la infancia (Mitchell, 1997). La interpretación no tiene una utilidad terapéutica. Para avanzar tendrá que constituirse inicialmente una “alianza terapéutica”, basada en el sostén y la empatía, en la que paciente y terapeuta ocupen un lugar de menor asimetría de lo que era antes habitual. Porque incluso dentro del más extremado estilo tradicional, toda interpretación es un acto de relación. No sabemos si Fairbairn adoptó esta postura en su práctica, pero su propuesta de ofrecerse como objeto bueno al paciente puede sugerirlo. Bromberg, por su parte, no suele referirse a la alianza terapéutica, pero su sentido se deduce de la forma en que describe el *enactment* como acontecimiento disociativo compartido (2011, p. 16) y en la importancia que concede al *autodesvelamiento* (*self-disclosure*) (Bromberg, 2004, p. 574; 2009, p. 358). Cuanto más comparte el analista su experiencia con el paciente, más le sentirá éste como alguien honrado. La experiencia no se simboliza mediante simples palabras, sino mediante palabras que se vuelven significativas mediante un consenso revelador que tiene lugar en el aquí y ahora de la sesión (Bromberg, 2006, p. 105). Es más bien una “comunidad” que no una “comunicación”.

Para Bromberg la salud es la capacidad para habitar entre los distintos espacios de la realidad, los intersticios que separan los diferentes estados del *self*, sin perder ninguno de ellos (1998, p. 186). Da gran valor a lo que decía Janet sobre la disociación en la histeria, es decir, que no era una enfermedad mental como las otras sino que era una enfermedad de la síntesis personal, y él mismo ve el objetivo del tratamiento en esa síntesis, en la capacidad de permanecer en los espacios entre los diferentes estados del *self* (Bromberg, 2011, p. 51). Fairbairn (1958) “casualmente” también planteaba que el objetivo de todo tratamiento analítico era conseguir una mayor síntesis. La terapia requiere que paciente y analista estén juntos en los espacios y se muevan con seguridad, pero no absoluta, porque el descubrimiento surge de los momentos de inseguridad, cuando la realidad no-yo puede ser verbalizada o simbolizada (Bromberg, 2011, p. 130).

Contar las cosas es revivirlas, y eso cuesta mucho. Y a menos que la vergüenza generada en el proceso de contar pueda ser reconocida y atendida, contar algo terrible no es mejor, es peor: ya que la parte del *self* que soporta la vergüenza permanece disociada y el paciente se siente aun más indefenso que antes. La vergüenza es lo que amenaza la disolución del sentimiento de mismidad, la muerte psíquica. Bromberg (2011, pp. 157-58) denuncia que las interpretaciones transferenciales ante un proceso disociativo intenso teñido de vergüenza, no responden a la necesidad del paciente de sentir seguridad afectiva, sino que provoca una reacción emocional abrumadora, por lo que se comprende que en esos casos el paciente exprese su desorientación. Lo que debemos buscar como terapeutas, volviendo a Fairbairn, es que el paciente se sienta lo suficientemente confiado para mostrar sus demonios interiores, y eso no se consigue normalmente con la interpretación.

Tanto Fairbairn (1958) como, unos años antes, Ferenczi (1932), señalan algo en lo que es difícil no coincidir, y es que el paciente, en tanto que paciente, debe haber

sufrido deprivaciones importantes en su infancia. Es lógico que acuda a la terapia necesitado de aquellas relaciones personales de las que careció. El distanciamiento y neutralidad, propios también de la interpretación como instrumento único, suponen el sometimiento a una nueva e importante deprivación, que reactualiza la anterior. En muchos momentos, por tanto, la terapia analítica puede producir una retraumatización. Para Fairbairn (1958) la patología mental se produce cuando la persona, que antes funcionaba como un sistema abierto, pasa a funcionar en aspectos importantes como un “sistema cerrado”, después del trauma, cierre que también explica fenómenos como la transferencia y la resistencia. Este sistema cerrado se alimenta con actitudes de autodesprecio, e incluso el individuo se siente “satisfecho” de su situación. Bromberg posiblemente entendería que ese cierre es equivalente a la no percepción de otros estados del self, a la disociación de algunas realidades que permiten al niño seguir su desarrollo pero con el coste de determinadas realidades, situaciones emocionales, que no pueden ser elaboradas. Para encontrar mejor consistencia entre ambos autores debemos dedicar cierta atención al concepto de *enactment*.

En el pensamiento de Bromberg no se puede comprender la dinámica de transferencia-contratransferencia fuera del fenómeno del *enactment*. Fairbairn, por razones históricas, carece de una elaboración equivalente. El *enactment*, como se define en los textos actuales de psicoanálisis relacional, es una conjunción intersubjetiva en forma de puesta en escena entre los dos partícipes del vínculo, basada usualmente en la sintonía comunicacional a nivel local. Es una escena breve, o no tan breve, escena de intensa carga emocional, en la que ambos “actúan” – es decir, se comportan sin control consciente - y que a posteriori adquiere un valor y sentido funcional para el vínculo terapéutico y el proceso de cambio, sobre todo en la medida en que es reconocido y explorado por ambos en la mutualidad de experiencia que ha implicado. También se puede concebir, a mi entender, como una evolución del acting-out, antes considerado sumamente peligroso, pero, una vez que aceptamos su aparición inevitable, podemos entender que la espontaneidad de actuar sin consideraciones previas no siempre es mala y, sobre todo, puede ser útil en momentos de *impasse* o estancamiento. El *enactment*, según Bromberg (2011) es un acontecimiento disociativo compartido. Es un proceso de comunicación inconsciente que refleja esas áreas de experiencia propias del paciente en las que el trauma (ya sea evolutivo o haya surgido en la etapa adulta) ha comprometido en cierto grado la capacidad para la regulación afectiva en el contexto relacional y ha comprometido, de esta forma, el desarrollo del self al nivel del procesamiento simbólico, tanto en el pensamiento como en el lenguaje. (2011, p. 16). El fenómeno debe ser explicado a partir de la historia personal de ambos partícipes, fruto de los traumas evolutivos que producen tanto el cierre del sistema como la disociación de las experiencias, con la necesidad de alguna forma de *autodesvelamiento* (*self-disclosure*) por parte del terapeuta, pero esto último es muy posterior a la época de Fairbairn. Seguimos sin saber a qué se refería en la práctica con la necesidad de mostrarnos como un objeto bueno ante el paciente.

La respuesta de un paciente ante la interpretación de la disociación es muy diferente de cuando el mecanismo que funciona es la represión; lo que se produce es desorientación,

consternación y la sensación de haber sido completamente malentendido, confundido con otro o atacado, llegando a creer que nunca se le ha entendido (Bromberg, 2006, p. 5). El desafío de un analista es convertir el *enactment* en un material analíticamente útil (Bromberg, 2004, p. 571). El cómo lo haga estructura las “técnicas” de diferentes escuelas analíticas de pensamiento y diferencia a los analistas individuales dentro de una escuela dada y, es de esperar, los diferentes análisis desarrollados por un mismo analista. La actitud adecuada del terapeuta según las descripciones que encontramos en Bromberg es semejante a la recomendación “técnica” de Sullivan (1954), del terapeuta es un “observador participante”: como un elemento presente en el campo de observación e inseparable del mismo (Bromberg, 1998, p. 151).

Conclusiones

Fairbairn representa los orígenes del psicoanálisis relacional, entre la década de los cuarenta y los primeros años sesenta del pasado siglo, mientras que Bromberg es un destacado miembro de la madurez del modelo, entre los años ochenta y el año veinte del presente siglo. Toda comparación que se establezca entre ellos, y que puede tener la utilidad de clarificar las obras respectivas y los fundamentos del psicoanálisis relacional, sólo puede ser tentativa. Aunque Fairbairn era bien conocido en el ámbito profesional de Bromberg, éste nunca lo tomó como una de sus referencias básicas².

Fairbairn fue más allá de Freud y Klein en la búsqueda de los orígenes del psiquismo y traspasó el modelo de la melancolía, pero quedó en el entorno de lo que ahora se conoce con la denominación de “trastornos narcisistas y límites”, organizaciones en las que ya existe un rudimento de la culpa, bajo el peso de la vergüenza y ya no sólo del temor esquizoparanoide a la retaliación, y se vive la necesidad de proteger de alguna manera al objeto. Para completar el esquema de una psicopatología general se necesita ir más lejos todavía, al sujeto que por falta temprana de apoyo empático no ha desarrollado apenas ninguna forma de empatía ni de culpa. Fairbairn, por su parte, parece no haber tenido experiencia directa con este tipo de pacientes.

Los recientes estudios evolutivos parecen sustentar las hipótesis de Janet sobre el trauma temprano y la disociación, asociados al impacto negativo de cuidadores que perturban el apego seguro, el sentido de identidad y las estrategias de afrontamiento (Cf. Shore, 2007, p. 756). Bromberg (2011, p. 51) ve una gran aplicabilidad a lo que decía Janet sobre la disociación en la histeria, es decir, que no era una enfermedad mental como las otras sino que era una enfermedad de la síntesis personal, y, como he señalado, piensa que la terapia debe buscar esa síntesis, punto más que notable en el que coincide con Fairbairn. Igualmente coinciden en elementos centrales de su pensamiento teórico y práctico. Enumero todos ellos a continuación:

2 Hace unos años publiqué una pequeña introducción a la obra de Philip Bromberg (Rodríguez Sutil, 2013 a) y aproveché la circunstancia y la amabilidad del autor para intercambiar con él algunos correos electrónicos. Yo le planteé sobre todo cuestiones relacionadas con la escisión y la disociación, algunas de las cuales se recogen en este artículo. De paso me confirmó que nunca se había sentido especialmente atraído por el pensamiento de Fairbairn.

1. En la base del psiquismo se halla la fragmentación, ya sea escisión o disociación.
2. El objetivo de la terapia es lograr una mejor síntesis.
3. La personalidad se organiza a partir del trauma evolutivo, con la introyección del objeto malo (Fairbairn) o con la disociación de la situación traumática (Bromberg).
4. Se da gran importancia a las fases del desarrollo previas a la organización neurótica, llamémosla edípica, simbólica, o enunciativa, propia del conflicto intrapsíquico.
5. La relación terapeuta-paciente es el factor fundamental del cambio, frente a la posición clásica de la interpretación mutativa.

Los dos primeros puntos – y en gran medida el tercero, comprometido con la perspectiva ambientalista – son más específicos de estos dos autores, y son los que llaman más mi atención, pues supongo que no reflejan una mera coincidencia y que superan la pertenencia al enfoque relacional, como los puntos cuarto y quinto, que representan aspectos más o menos comunes a todos los autores que se definen como relacionales (interpersonales, intersubjetivistas, etc.). En cualquier caso, espero que el ejercicio de la comparación de estos dos autores, en su pensamiento teórico y en sus indicaciones sobre la práctica de la terapia, que se podría generalizar a muchos otros, posee la virtud de clarificar los fundamentos de nuestro paradigma relacional y de los conceptos esenciales de nuestra práctica. En el trabajo que aquí se presenta se recogen cuestiones relevantes sobre trauma evolutivo, escisión y disociación, represión, introyección, la terapia como síntesis, entre otros. Espero asimismo haber contribuido al conocimiento y difusión del pensamiento de Ronald Fairbairn, uno de los autores más importantes en la historia del psicoanálisis relacional, equiparable a Winnicott, Sullivan o Kohut, y todavía no suficientemente valorado. Prueba de su importancia sería la abundante presencia que tiene en la reciente obra de Elizabeth Howell (2020), varias veces aquí citada, para dar cuenta del trauma y la disociación.

Referencias

Ávila Espada, A. (2005). La segunda oportunidad para el desarrollo, metáfora del proceso terapéutico en Winnicott. En Ariel Liberman y Augusto Abello (comps.) *Winnicott hoy, su presencia en la clínica actual* (cap. 4). Psimática.

Birtles, E.F. y Scharff, D. E. (1994). *'From Instinct to Self'. Selected Papers of W.R.D. Fairbairn*. Jason Aronson (vol. II).

Bollas, C. (2017). *The Shadow of the Object. Psychoanalysis of the Unthought Known*. Routledge.

Bromberg, P.M. (1998). *Standing in the Spaces. Essays on Clinical Process, Trauma, and Dissociation*. Analytic Press.

Bromberg, P.M. (2004). More than Meets the Eye: A Professional Autobiography. *Psychoanalytic Inquiry: A Topical Journal for Mental Health Professionals*, 24, 4, 558-575.

Bromberg, P.M. (2006). *Awakening the dreamer: Clinical journeys*. Analytic Press.

Bromberg, P.M. (2009). Truth, Human Relatedness, and the Analytic Process: An Interpersonal/Relational Perspective. *International Journal of Psychoanalysis*, 90, 347-361.

Bromberg, P.M. (2011). *The shadow of the tsunami: and the growth of the relational mind*. Routledge. Traducción, *La Sombra del Tsunami*. Ágora, 2017.

Bromberg, P.M. (2012). Credo. *Psychoanalytic Dialogues*, 22, 273-278.

Bromberg, P.M. (2013). "Meet the Author" Presentation. *Annual Meeting, American Psychoanalytic Association*, New York City, January 19.

Bucci, W. (2001). Pathways of emotional communication. *Psychoanalytic Inquiry*, 21, 1, 40-70.

Bucci, W. (2003). Varieties of Dissociative Experiences: A Multiple Code Account and a Discussion of Bromberg's Case of "William". *Psychoanalytic Psychology* 20, 3, 542-557.

Eigen, M. (2014). *Locura, Fe y Transformación. Los Seminarios de Eigen en Seúl, 2007 y 2009*. Madrid: Ágora Relacional.

Fairbairn, W.R.D. (1927). Notas sobre las fantasías religiosas de una paciente. En *Estudio Psicoanalítico de la Personalidad*. Hormé, 1978.

Fairbairn, W.R.D. (1935). Child Assault. En Birtles, E.F. y Scharff, D. E. (1994). 'From Instinct to Self'. *Selected Papers of W.R.D. Fairbairn*. Jason Aronson (vol. II, cap. 4). (Medico-psychological aspects of the problem of child assault. *Mental Hygiene*, 13, 1-16).

Fairbairn, W.R.D. (1936) A Critique of Educational Aims. En Birtles, E.F. y Scharff, D. E. (1994). 'From Instinct to Self'. *Selected Papers of W.R.D. Fairbairn*. N.J.: Jason Aronson (vol. II, cap. 19). (A critique of educational aims: a medical psychologist's reflections of education).

Fairbairn, W.R.D. (1937). Arms and the Child. En Birtles, E.F. y Scharff, D. E. (1994). 'From Instinct to Self'. *Selected Papers of W.R.D. Fairbairn*. Jason Aronson (vol. II, cap. 18). (Arms and the Child. *The Liverpool Quaterly*, 5, 1, 27-41).

Fairbairn, W.R.D. (1938). Prolegomena to a Psychology of Art. En Birtles, E.F. y

Scharff, D. E. (1994). 'From Instinct to Self'. *Selected Papers of W.R.D. Fairbairn*. Jason Aronson (vol. II, cap. 23). (Prolegomena to a Psychology of Art, *British Journal of Psychology*, 28, 3, 288-303).

Fairbairn, W.R.D. (1940). Factores esquizoides de la personalidad. En *Estudio Psicoanalítico de la Personalidad*. Hormé, 1978³.

Fairbairn, W.R.D. (1941). A revised psychopathology of the psychoses and psychoneuroses. *International Journal of Psychoanalysis*, 22, 250-279.

Fairbairn, W.R.D. (1943). La represión y el retorno de los objetos malos. Con especial referencia a las "neurosis de guerra". En Fairbairn, W.R.D. (1952a). *Estudio Psicoanalítico de la Personalidad*. Hormé, 1978.

Fairbairn, W.R.D. (1944). Las estructuras endopsíquicas consideradas en términos de relaciones de objeto. En Fairbairn, W.R.D. (1952a) *Estudio Psicoanalítico de la Personalidad*. Hormé, 1978. (Endopsychic structure considered in terms- object-relationships. *International Journal of Psychoanalysis*, 25:70-93).

Fairbairn, W.R.D. (1952). *Estudio Psicoanalítico de la Personalidad*. Buenos Aires: Hormé, 1978. (*Psychoanalytical Studies of the Personality*. Tavistock Press, de 1952, reimpression en 1994).

Fairbairn, W.R.D. (1954). The Nature of Hysterical States. En 'From Instinct to Self'. *Selected Papers of W.R.D. Fairbairn*. Scharff, D.E. y Birtles, E.F. (1994) (eds.) Jason Aronson (vol. I, Cap. 1). (Observations on the nature of hysterical states. *British Journal of Medical Psychology*, 27, 3, 106-125).

Fairbairn, W.R.D. (1956). Reevaluating some basic concepts. En 'From Instinct to Self'. *Selected Papers of W.R.D. Fairbairn*. David E. Scharff & Ellinor Fairbairn Birtles (1994) (eds.) Jason Aronson (vol. I, Cap. 7). (A critical evaluation of certain basic psychoanalytical conceptions. *British Journal for the Philosophy of Science*, 7, 25, 49-60).

Fairbairn, W.R.D. (1957 a). Notes and comments: Criticisms of Fairbairn's Generalisations about Object-Relations: comments on "A Critical Evaluation", by Balint, Foulkes, and Sutherland, and Fairbairn's reply. En 'From Instinct to Self'. *Selected Papers of W.R.D. Fairbairn*. David E. Scharf & Ellinor Fairbairn Birtles (1994) (eds.) Jason Aronson (vol. I, cap. 8). (*British Journal for the Philosophy of Science*, 7, 28, 323-338).

Fairbairn, W.R.D. (1957 b). Psychoanalysis and Mental Health. En 'From Instinct to Self'. *Selected Papers of W.R.D. Fairbairn*. David E. Scharf & Ellinor Fairbairn Birtles (1994) (eds.) Jason Aronson (vol. I, caps. 3). (Freud, the psychoanalytical method and mental health. *British Journal of Medical Psychology*, 30, 2, 53-61).

3 Hay un error en el libro traducido y se indica 1940, cuando la fecha real de publicación es 1941.

Fairbairn, W.R.D. (1958). On the Nature and Aims of Psychoanalytical Treatment. En *'From Instinct to Self'. Selected Papers of W.R.D. Fairbairn*. David E. Scharff & Ellinor Fairbairn Birtles (1994) (eds.) Jason Aronson (vol. I, Cap. 4). (On the nature and aims of psychoanalytical treatment, *International Journal of Psychoanalysis*, 39: 374-385).
Ferenczi, S. (1932). Confusión de lengua entre los adultos y el niño. En *Obras Completas*, vol IV. Espasa-Calpe, 1982.

Fonagy, P. y Target, M. (1995). Understanding the violent patient: The use of the body and the role of the father. *International Journal of Psychoanalysis*, 76, 487-501.
Freud, S. (1894). Las neuropsicosis de defensa. En *Obras Completas* (vol. I). Biblioteca Nueva, 1973.

Freud, S. (1915). La Represión. En *Obras Completas* (vol. II). Biblioteca Nueva, 1973.
Die Verdrängung. En *Studienausgabe* (vol. III). Frankfurt am Main: S. Fisher, 1975.

Freud, S. (1925). La Negación. En *Obras Completas* (vol. III). Biblioteca Nueva, 1973.
Die Verneinung. En *Studienausgabe* (vol. III). Frankfurt am Main: S. Fisher, 1975.

Freud, S. (1927). El Fetichismo. En *Obras Completas* (vol. III). Biblioteca Nueva, 1973.
Fetischismus. En *Studienausgabe* (vol. III). Frankfurt am Main: S. Fisher, 1975.

Freud, S. (1940). Escisión del "yo" en el proceso de defensa. En *Obras Completas* (vol. III). Madrid: *Biblioteca Nueva*, 1973. Die Ichspaltung im Abwehrvorgang. En *Studienausgabe* (vol. III). Frankfurt am Main: S.Fisher, 1975.

Greif, D. y Livingston, R. (2013). An Interview with Philip M. Bromberg, Ph.D. *Contemporary Psychoanalysis*, 49, 3, 323-355.

Howell, E.F. (2005) (ed.). *The Dissociative Mind*. Nueva York: Routledge.

Howell, E. F. (2020). *Trauma and Dissociation Informed Psychotherapy*. Norton.
Janet, P. (1889). *L'Automatisme psychologique*. Paris, Felix Alcan, 1889.

Kernberg, O.F. (1980). Fairbairn's Theory and Challenge. En Grotstein, J. & Rinsley, D. (eds.) (1994). *Fairbairn and the Origins of Object Relations*. Guilford. Capítulo 4 (pp. 43-67).

Khan, M.M.R. (1963). The Concept of Cumulative Trauma. *The Psychoanalytic Study of the Child*, 18,1, 286-306.

Klein, M. (1934). Una contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos. "Contribuciones al Psicoanálisis". En *Obras Completas*. Paidós, 1980.

Klein, M. (1957). Envidia y Gratitud. En *Obras Completas*. Paidós, 1980.

Kohut, H. (1957). Clinical and Theoretical Aspects of Resistance. *Journal of the American Psychoanalytical Association*, 5, 548-555

Kohut, H. (1971). *Análisis del Self*. Amorrortu.

Lacan, J. (1953). Some Reflections on the Ego. *International Journal of Psycho-Analysis*, 34, 11-17.

Mitchell, S.A. (1981). The Origin and nature of the “object” in the theories of Klein and Fairbairn. En Grotstein, J. y Rinsley, D. (comps.) (1994). *Fairbairn and the Origins of Object Relations*. Guilford. Capítulo 5 (pp. 67-87).

Mitchell, S.A. (1997). *Influencia y Autonomía en Psicoanálisis*. Ágora Relacional, 2015.

Mitchell, S.A. (2000). *Relationality. From Attachment to Intersubjectivity*. The Analytic Press.

Mitchell, S. A. (2002). Fairbairn and the problem of agency. En Federico Pereira y David E. Scharff (comps.) *Fairbairn and Relational Theory*. Karnac.

Pichon-Rivière, E. (1979). *Teoría del Vínculo*. Nueva Visión.

Rinsley, D.B. (1987). A reconsideration of Fairbairn’s “original object” and “original ego” in relation to borderline and other self disorders. En Grotstein, J. & Rinsley, D. (eds.) (1994). *Fairbairn and the Origins of Object Relations*. Guilford. Capítulo 15.

Rodríguez Sutil, C. (2013 a). Philip M. Bromberg: Trauma y disociación. En A. Ávila Espada (Ed), *La Tradición Interpersonal. Perspectiva Social y Cultural en Psicoanálisis*. Ágora Relacional.

Rodríguez Sutil, C. (2013 b). *Introducción a la obra de Ronald Fairbairn. Los orígenes del psicoanálisis relacional*. Ágora Relacional (2a. ed. Corregida y aumentada).

Rodríguez Sutil, C. (2014). *Psicopatología Psicoanalítica Relacional*. Ágora Relacional. Scharff, D.E. y Birtles, E.F. (eds.) (1994). *From Instinct to Self’. Selected Papers of W.R.D. Fairbairn*. Jason Aronson (vol. I).

Schore, A. N. (2007). Review of *Awakening the Dreamer: Clinical Journeys* by Philip M. Bromberg. *Psychoanalytic Dialogues*, 17, 5, 753-767.

Stern, D.B. (2004). The Eye Sees Itself: Dissociation, Enactment, and the Achievement of Conflict. *Contemporary Psychoanalysis*, 40:197-237.

Sutherland, J.D. (1989). *Fairbairn’s Journey into the Interior*. Free Association Books.

Winnicott, D.W. (1956). Preocupación maternal primaria. En *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*. Paidós, 1999.

Winnicott, D.W. (1963 a). La dependencia en el cuidado del infante y del niño, y el encuadre psicoanalítico. En *Los Procesos de Maduración y el Ambiente Facilitador*. En *Obras Escogidas*. RBA, 2006 (vol. I, pp. 705-715).

Winnicott, D.W. (1963 b). El miedo al derrumbe. En *Exploraciones psicoanalíticas I*. (1989). Paidós, 2006.

Winnicott, D.W. (1968). La interpretación en psicoanálisis. En *Exploraciones psicoanalíticas I*. (pp. 250-255). Paidós, 1991

Zukerfeld, R. (1999) Psicoanálisis actual: tercera tópica, vulnerabilidad y contexto social. *Aperturas Psicoanalíticas*, 2 <http://www.aperturas.org/articulo.php?articulo=90> .